

DIARIO PEREGRINO (SEGUNDO AÑO)



SALVADOR CALVO MUÑOZ

CARRIÓN DE LOS CONDES 2

Viernes, 20 de mayo. Sol y azul, con algunas nubes lejanas. Paramos, como siempre, en Cuatro Calzadas y luego, de un tirón, viaje hasta Carrión, con un desvío del ton-ton por una comarcal que no venía a cuento. Bien es cierto que mereció la pena pasar, al menos una vez en la vida, por Paredes de Nava, cuna de aquel inmortal que tantas veces comentamos: Jorge Manrique.



San Zoilo

Carrión es un cúmulo de templos magníficos: Santa María, Santiago, con su preciosa portada románica, San Andrés, Nuestra Señora de Belén y San Zoilo. San Zoilo es más que un templo. Es un claustro, una estructura enorme y un hotel de primera en el que se celebran congresos, reuniones y todo eso del mundo social. Hay que verlo y pasear, tardes de otoño, por aquel espacio arbolado. Será delicia inexorable para espíritus finos, líricos e impresionables; pero Carrión es también el río Carrión, que viene del norte con su caudal henchido y apresurado. Una maravilla natural que apreciamos los que una vez vivimos en la ribera del río y luego perdimos aquellas imágenes. Bellísimo paraje.

Noche serena en Carrión, aun con la tensa espera de saber que mañana empieza el esfuerzo del continuo dar un paso tras otro. 35 kms hasta Sahagún. Que el apóstol Santiago nos ayude y nos dé fuerzas para completar con éxito la andanza. Amanecemos demasiado pronto y visitamos el Horno de la Peregrina, donde pegamos la hebra con dos damas muy atentas a las que llevamos el recuerdo cariñoso de sus amigas cacereñas: Elo y Almudena. Buen viaje, y con la mochila en las espaldas empieza el Camino. Mañana Dios dirá.



Carrión

SAHAGÚN

Hacía años que andábamos buscando la eternidad...pues hoy hemos tocado su silueta con la punta de los dedos. Pilar y yo hemos caminado desde Carrión hasta Sahagún. Unos treinta y siete kms, que se dice pronto, si no más. El grupo de peregrinos (María José, Montaña, Flor, Soledad y Miguel, Pilar y servidor) salió de Carrión a las ocho y algo. Ellos hicieron veinticinco kms más o menos y nosotros aguantamos los restantes. ¡Los clavos de Cristo! Qué cantidad de hojas de cereal a un lado y otro del Camino! Y qué distancias tan llanas y tan largas, sin principio ni fin.

La monotonía del paisaje acabó afectando al ritmo de la andadura y por momentos el ánimo palideció. Pero una circunstancia vino a legarnos el cansino caminar: de entre la espesura del cereal surgía de vez en cuando el tímido y sugerente tableteo de la codorniz. Y aquel tenue canto cinegético vino a levantar deliciosos recuerdos de jornadas de caza en la memoria del sufrido caminante.

Pilar y yo dimos vista a Sahagún al punto de las cinco de la tarde, cuando unas nubes impertinentes empezaban a largarnos avisos de lluvia y augurios de tormenta. Una vez en Sahagún, tras la ducha y el reposo, salimos para cenar y tomamos asiento en la terraza de una placita de portales. En un tris se abrió el turbio cielo y cayó lluvia sin contemplaciones ni consideración. Ni San Tirso ni Sahagún ni nada; cenamos como Dios nos dio a entender y nos retiramos, bajo los paraguas, a descansar a la casa rural de una gentil dama que nos atendió solícita.

¿Las piernas, qué tal, y los pies? Como si nada. El entrenamiento sirvió con creces y estas botas "S" son realmente un prodigio de comodidad y protección. Más adelante, ya veremos.

Dulces y reparadores sueños entre el son de la lluvia en la calle y las circunstancias del viaje. Mañana que sea lo que Dios y Santiago quieran, camino de Mansilla de las Mulas. A ver si al menos nos alumbró Febo y se alejan los cenicientos nubarrones. Buen Camino.

MANSILLA DE LAS MULAS

Pasamos por aquí hace los quirios, cuando fuimos a los Picos Andrés, Antonio y servidor ¡Hace tanto ya! ¿No queríamos rectas del Camino y campos de cereal? Pues más de lo mismo en una infinitud asombrosa. Empezamos la andanza en Bercianos del Camino, para quitarle diez kilómetros a la paliza, e hicimos veinticuatro hasta Mansilla ¡Otra vez las barbas del Profeta! Qué modo hostil de azotarnos el viento de la paramera. Todo el Camino con un ventarrón de frente molesto y pertinaz. Ni siquiera hemos oído hoy el entrañable tableteo y reclamo del pajarito de los campos de cereal. No había más vida en esas soledades que la de alguna esporádica cogujada y muy de vez en vez el paso de la graja, el cuervo o la corneja.

A una legua larga llegamos a El Burgo Ranero, un pueblito del que habíamos oído hablar cuando planeábamos estas jornadas. Yo me he quedado prendido de esa espaciosa calle entre dos filas de estupendas casas rurales, un par de barcitos para los peregrinos y toda la soledad y el silencio del mundo. *“Aquí la vida es serena y tranquila, interrumpida no más que por el eco de los pasos peregrinos y algunas conversaciones”* nos dijo un señor que salió a desearnos el “Buen Camino”. Me comió la envidia. Lo mejor de la jornada, esa calle magnífica de El Burgo Ranero. En el barcito, o tienda, donde repusimos ánimo con un café, nos retratamos todos juntos con una peregrina solitaria, que estaba allí a lo mismo que nosotros. Era nada menos que australiana. Qué gente tan admirable.



El Burgo Ranero



El Postigo (Mansilla)

En Mansilla, la Plaza del Grano y la muralla, y luego el Postigo, ese callejón antiguo que da al soto verde, par del río Esla: un vergel precioso de gratisimo recuerdo. Una anotación al paio: en el Camino, más extranjeros que nacionales. Nunca nos daremos cuenta de lo que tenemos.

LEÓN

Lunes. Salimos de Mansilla con un cielo cubierto de nubes altas, grises y al parecer sin amenaza de lluvia. Menos mal que el viento airado de ayer se ha echado y hoy no hemos padecido su constante hostigamiento.

El Camino de Mansilla a León es poca cosa comparado con las dos etapas anteriores. Ya no hay esas rectas infinitas y se han esfumado la soledad y el silencio. En los diecisiete kms de marcha no ha faltado la presencia de otros peregrinos en el Camino ni el ruido de los coches en las carreteras cercanas. ¡Qué tráfico febril en esa 120!

Para que no faltara mi evocación cinegética, en la cuesta de un arapil divisé el escorzo de un conejo, un señor conejo porque hay que ver el tamaño que tenía. Lástima de no haber tenido en las manos mi “larga pletina del doce” y de que no me acompañara la “Ari”.

Desde un alto industrial de naves de esto y lo otro divisamos León, la Legio VII, la “Séptima Gémina”, legión romana que dejó aquí su huella. León es mucha ciudad. Lo primero que nos cautivó fue el son de las aguas vivaces, sonoras y raudas del Bernesga, el río pletórico que baja hacia el Esla.

Tras colocar los trastes en la fonda nos dispusimos a barzonear por el centro a ver qué había. Y había mucho, muchísimo, Ordoño arriba. De momento, la Catedral con su inmensa belleza, allí, al lado, Gaudí (¿Dónde no estuvo aquel hombre?) luego San Isidoro y a la postre San Marcos.

Lo que hay allí de Victoriano Crémer, bueno, habría que verlo. Para qué mover ahora aquel fango. Más nos interesa el recuerdo de inmenso Don Francisco de Quevedo, que estuvo allí tres años y medio sufriendo los rigores del calabozo, porque así lo quiso y ordenó el Conde-Duque de Olivares. “Miré los muros de la patria mía / Si un tiempo fuertes, hoy desmoronados / De la carrera de la edad cansados / Por quien caduca ya su valentía / Salime al campo...”

León, delicioso; más bien fresquito al anochecer. ¿Cómo será el invierno? Un ligero estremecimiento nos agita, de frío, las dorsales. Salimos por la mañana tras las huellas peregrinas y guiándonos por la flecha amarilla. Qué hartura de extrarradios industriales. A la postre, el campo abierto y la soledad de los caminantes. Vamos camino de San Martín



León

SAN MARTÍN DEL CAMINO

Salir de León caminando tiene lo suyo. Los arrabales industriales se tornan inacabables; y en realidad no se acaban nunca durante los veinticuatro kms que dura la etapa hasta San Martín. Hay tres o cuatro pueblitos en medio. Valverde de la Virgen, Villadangos del Páramo... y continuamente la dichosa carretera 120 al lado con su tránsito incesante. No más, al final hay una recta infinita de seis o siete kms con cereal al lado; lo demás, parajes más o menos entretenidos en los que se disfruta del agua corriente de arroyos y riachuelos.

Hemos pasado, y nos hemos detenido un rato, en la puente fabulosa de “El Paso Honroso”, en Hospital de Órbigo. ¡Qué historia más estupenda la de Don Suero de Quiñones! Qué bien se lo pasarán sus habitantes cuando allí rememoren, con justas y torneos, aquellos tiempos medievales de damas y caballeros. Pero el Camino está ahí y hay que seguir adelante.

Muy de vez en vez pasa la corneja graznando de un lado a otro del Camino. En San Martín, albergue “Vieira”, fonda graciosa y agradable. Luego iremos al pueblito a ver qué hay. Han vuelto los nubarrajos inquietos a echarnos algo de lluvia. Menos mal que empezó cuando ya estábamos a tiro de piedra del albergue.

Hay franceses, italianos, coreanos y unos cuantos voceras salmantinos que nos han chafado la siesta reparadora. En San Martín una dulce niña rumana, que vive en el pueblito, nos ha acompañado a ver la iglesia de San Martín, que resulta nueva y no conserva de lo antiguo más que una enorme espadaña.

Con todo, lo que nos va quedando de este viaje peregrino es la soledad y el silencio imponentes de esos llanos inmensos que dejamos atrás. Más aún: la ausencia de personas en las calles de los pueblos por los que pasamos. Si no hay una carretera cerca, no hay nada, nadie. Sencillamente maravilloso. Es lo que tiene esta condenada vida urbana de abigarramiento y ruido. Los que la detestamos evocamos, de continuo, esos parajes solitarios del Camino.

ASTORGA

Veinticuatro kms, buena parte de ellos paralelos a la dichosa carretera 120, con su tráfico infernal; luego ya por pista terrera en paisajes amenos. Casares de Valdeiglejas o algo así, un alto en un bar para un cafelito reparador. En otro pueblito, ya cerca de Astorga, he adquirido un libro de un cazador de la tierra. A ver cómo anda, o anduvo, la caza por estos pagos leoneses.

Al cabo de la mañana, la una y pico, desde un otero, dimos vista a Astorga, Asturica Augusta. Tres kms hasta llegar a la base de esa magnífica Catedral, el Palacio de Gaudí y todo lo demás. Astorga es una ciudad romana y cruce de toda la Historia. Vámonos al hotel.

Llegada a Astorga



Nos alojamos a 5kms, en Castrillo de Polvazares, cerca de donde un desalmado acabó asesinando a una pobre peregrina americana hace un par de años. Habría que colgarlo a él por...o que se pudra en la mazmorra. Descansamos en “Cuca la Vaina” un hotelito precioso sumamente confortable. Esto se va pareciendo ya a otra cosa, estamos cerca del Bierzo y de Galicia. Nos atiende Elena, una señora afable y atenta que nos hace sentirnos en la gloria bendita.

Después del aseo, vamos a ver Astorga y a cenar. A la vuelta, por poco atropellamos a un cochino-jabalí que se nos cruzó de improviso. Menos mal, porque un topetazo con un guarro tiene mal cariz. Noche serena y reparadora en la confortable habitación de “Cuca la Vaina”.

Para acabar de seducirnos el lugar, Elena nos ofreció un desayuno opíparo, y una vez puestas las mochilas en las espaldas emprendimos la marcha hacia Rabanal del Camino. Adiós Elena, a ver si te vemos algún día por Norba, que sabemos que te acercas de vez en cuando. Un adiós cordial

RABANAL DEL CAMINO

Bueno, la andanza no tuvo mucho que contar; se nos hizo corta, aunque, digan lo que quieran, las piernas van notando los kms. Nos despedimos cordialmente de Elena, la directora de “Cuca la Vaina”, esa maravilla de Castrillo de Polvazares. Pasamos por un par de pueblitos antes de rabanal y en El Ganso recordamos a aquella pobre peregrina americana que en estos pagos fue víctima de un canalla.

Mucho ambiente peregrino en Rabanal y como teníamos tiempo nos fuimos en los coches a ver Las Médulas. Demasiado lejos, tal vez. Lo que presumía habiendo visto ya Cabárceno: escarbaderos de los romanos en cata del oro. Y así fue. Bello panorama el del verde junto al ocre rojizo de la tierra y poco más. Nos comimos el bocadillo a la fresca sombra de los tilos de un merendero par de las cuatro casas de Las Médulas y regresamos, carreteritas solitarias a Rabanal.

Gratísima visita al albergue de unas damas inglesas que hospedan allí a peregrinos por la voluntad. Qué gente más estupenda la que va uno conociendo en este mundo del Camino. Le entran ganas al caminante de reconciliarse con la humanidad. Pero luego vendrá la vida tal cual y volverá el desengaño a hacernos presa. Maldita sea.

Después de cenar en “El Refugio” dimos un paseo por Rabanal, calles mudas y solitarias. Ni un alma. Imaginaos cómo será esto en el crudo invierno. Desde luego para mi misantropía, una maravilla. A las 10 p.m. todo Cristo en la cama y a coger fuerzas para la paliza de mañana, que nos están esperando Foncebadón y la Cruz de Ferro.

Good night, sister! Buen camino, señoggg!, dice la sor inglesa. Hasta mañana, si Dios y Santiago quieren.

PONFERRADA

M^aJosé, Pilar y yo salimos de Rabanal a las ocho, para subir la cuesta hasta Foncebadón. Los demás llegaron en coche y desde allí caminaron. La subida es de unos seis kilómetros, que no se hacen tan mal como yo temía. Bella mañana de sol y nubes. A medida que subíamos el aire se enfriaba.



Cruz de Ferro

Yo pensé, ingenuo, que la cuesta acababa en Foncebadón; pero seguía hasta la Cruz de Ferro. Allí, peregrinos cumpliendo los ritos y fotos de rigor. Y llegó lo peor, la bajada hasta Ponferrada, que no se acaba nunca. El Camino se vuelve vereda hostil y fragosa, en la que hay que mirar antes de poner el pie. Piedras sueltas y changuatales. Hay quien se cae. Delante de mí un pobre señor dio un culatazo imponente, menos mal que sin consecuencias. Pero una americanita graciosa tuvo que dar por acabado su peregrinaje.

En cierto tramo empecé a percibir un olor significativo y vi zurrullos de cochino. Por los clavos de Cristo que en un barzal espeso, a un metro de la senda, sentí el gruñido y la huida del “scrofa”. Además, dos veces olí perfectamente el acre olor del paso de la zorra. Menos mal que no llovió, porque ese descenso, mojado el suelo, ha de ser ciertamente peligroso.

A la postre pasamos el pueblito de Acebo de San Miguel y otro cuyo nombre olvidé, y por fin dimos en Molinaseca. Bellísimo paraje montañoso que nos ofreció el consuelo de un puente magnífico sobre las aguas cristalinas del río Meruelo. Decidido, me descalcé y dejé que el agua fría acariciara mis pies y mis piernas un buen rato. Ponferradas, a cinco kms, que esperara.

Al final, nos acercamos en coche hasta el hotel de “Los Templarios”, en la parte noble de la noble villa, a cuatro pasos de la iglesia de la Virgen de la Encina, la que se apareció a aquel caballero del Temple. Ponferrada: magníficas murallas, impagables aires del Medioevo; pero El Castillo, cerrado, maldita sea.

Cenamos en el coqueto “Las Cuadras”, con el sabor inexorable de la antigüedad y la Historia en los bordes del plato. Sabrosísimo pulpo, por cierto. Mañana veremos. Última etapa y con la amenaza de la lluvia.

VILAFRANCA DEL BIERZO

Los últimos kilómetros del Camino de hogaño. 18 o 20 kms hasta Villafranca. Tierras del Bierzo, viñedos y verde por doquiera que se mire. ¡Ah! A una escasa legua empezó el diluvio. El peregrino se protegió con capa impermeable y un paraguíta para socorrer al sombrero de tela. Y Camino por delante.

Pasamos por Camponaraya y llegamos a Cacabelos, donde hicimos un alto para paliar el aguacero con un cafelito de urgencias. Entramos en “La Moncloa de San Lázaro”, un lugar lleno de encanto, belleza y asombro. Maderas labradas, escaleras, motivos, un espacio amplio para banquetes y una decoración espectacular. Pocas veces habíamos visto comedor tan finamente decorado. Ahí mismo, en Cacabelos, un señor cura nos selló las credenciales y nos contó la historia de un peregrino francés que había muerto allí, año 2013, en el transcurso de su tercer itinerario del Camino. Pobre José Naud, seguro que está contándose a Santiago.

La lluvia insistía, de modo que nada más dar vista a los aledaños de Villafranca, un taxi nos devolvió a Ponferrada a celebrar la última comida del grupo. M^aJosé, Montaña, Soledad, Flor, Pilar, Miguel y servidor repusimos fuerzas y en los dos coches de apoyo emprendimos el viaje de regreso a Norba.

Ahí quedáis, La Bañeza, Benavente, Zamora la bien cercada y...Salamanca. Arriba, los peregrinos, bajo la lluvia, por el Camino hacia tierras gallegas. Tierras que, si el apóstol quiere, transitaremos el año próximo. Ahora, de momento, a recordar: campos eternos de mies, pueblitos enmudecidos, el horizonte imposible, el tableteo de las cordones, la lluvia, el sol, la sonrisa de tantos peregrinos de todos los rincones.

Hay quien hace del Camino unos ejercicios espirituales. Hay quien lo hace como un buen entrenamiento físico. Hay quien camina, pero prioriza el turismo en los lugares a los que llega. Hay de todo; pero por encima de todo ello, un palpito de serenidad, fraternidad, buenos modos y solidaridad, impera entre los peregrinos que se acompañan en las largas jornadas andariegas. El que lo hace, no se arrepiente y sueña el resto del año en aquellos días en que vuelva, mochila y bastones, a caminar por donde lo han hecho tantos a lo largo de la Historia. Buen Camino, hermanos. Hasta el año que viene. SCM.

